

Nº 587
16
Febrero
2022
Miércoles



Los Goya y las cenizas de La Palma

Emilio Álvarez Frías

He sido un buen aficionado a disfrutar de la producción cinematográfica desde aquellos tiempos en los que entraba en el cine a primera hora de la tarde y salía de noche. Eran unos cines magníficos aquellos que te proyectaban tres o cuatro películas, una detrás de la otra. El más afamado, que estaba por la zona de Chamberí, cuyo nombre no recuerdo, era el preferido. Ni que decir tiene que me papé todas las películas del Oeste americano. Después pasando los años y cambiando de costumbres, estuve en todas las salas de Madrid donde pude disfrutar de unas películas excepcionales, nacionales y extranjeras, viendo nacer la época del color.

El transcurrir del tiempo todo lo cambia y, en mi caso, relativo al cine, me llegó la época de carecer de tiempo para el entretenimiento, el descanso, pues había que trabajar infinidad de horas en un agobio permanente.

Y cuando llegó la época de poder disfrutar de tiempo para la holganza, me encontré con que las películas españolas empezaban a ser pura bazofia, vulgares, aburridas, cansinas, politizadas, donde se presentaba, en no pocas ocasiones, la vida de unos tiempos que no tenía nada que ver con la realidad yo había vivido. Cosa que también tuvo lugar en la televisión. Un amigo, director de cine, realizador de televisión, en cierto momento fue designado por el ministerio correspondiente para seleccionar guiones que merecieran recibir una subvención para su rodaje, al final, como era honrado, tuvo que dejarlo porque las subvenciones se daban a guiones que él había desechado, con el agravante de que las películas que se producían con dinero del Estado en muchas ocasiones ni siquiera salían a pantalla. Un caso muy señalado fue la producción de una película sobre la vida de una de nuestras estrellas folclóricas más afamadas que pasó directamente al archivo de la filmoteca si no se destruyó cuando finalizó su rodaje.



Por ello perdí la afición y solo me sentaba ante la televisión cuando había una buena película «de las de antes»; y escasamente con de nueva producción. Incluso las series españolas dejaron de ser buenas, bien dirigidas e interpretadas, y pasaron a absorber la bazofia que nos rodea, la vulgaridad en la que

vivimos, aburridas hasta la saciedad y escasas de imaginación. Los buenos guionistas y directores habían pasado a la reserva. Razón por la que me quedé con películas o series extranjeras que tienen tema, creatividad, naturalidad, y en no pocas ocasiones dejan colgando alguna moraleja.

Y llegamos a la concesión de los premios Goya. Estoy incapacitado para opinar sobre la calidad de las películas que concurren, pues no he visto ninguna de ellas ni pienso hacerlo. Por las crónicas de la prensa me llega la onda de que no pocas de ellas son malas, retorcidas en los temas desarrollados como es costumbre e incluso añadidos ideológicos que no vienen al caso y que destrozan lo poco que pudieran tener de aceptable. Pero, personalmente, no me comprometo con la veracidad tales asertos, pues, repito, no tengo fundamento para ello, ni en la calificación como buenas ni en la nominación como malas. Mas sí creo tener derecho a opinar sobre lo fastuoso del acto para la entrega de los premios. Y nos encanta poner, y manifestarlo, si se extiende la alfombra roja más larga que la de otros eventos de este tipo. Y nos place el derrochar de dinero para que se luzcan unas cuantas figuras que estamos hartos de ver todos los días en las revistas del corazón. Sin que sea necesario que a estas alturas nos presenten por los cuatro costados a los actores y directores más señalados, que votan a Podemos desde sus mansiones señoriales, que hablan sin pudor de las necesidades que tienen los españoles sin que ellos dediquen una parte para mitigar esas necesidades, con el agravante de que hacen declaraciones tremendistas contra los que tienen dinero por haberlo trabajado durante años echarse para delante en construir viviendas para necesitados, o simplemente sin hayan llamado la atención a los organizadores del evento para que lo limitaran a un menos fastuoso acto de entrega de esos premios tal como, por ejemplo, los que concede la Comunidad de Madrid a personas destacadas en distintas actividades y que tiene lugar en un sencillo acto en la Real Casa de Correos.

Porque mientras estas clase de privilegiados se abrazan, ríen o lloran por la alegría al recibir el cabezón de ilustre Goya con el que son premiados, en la isla de La Palma siguen sin llegar de forma efectiva las ayudas prometidas por el Gobierno, mientras los naturales de la zona –incluso una anciana de más de 80 años según vimos en televisión– andan picando y levantando los miles de toneladas de cenizas a base de pala y carretilla en lugar de contar con la maquinaria adecuada que simplificaría la labor; sin poder poner en marcha una vida normal de familia porque falta se realice la obra pública necesaria con el fin de que se puedan mover con facilidad, entrar en sus viviendas, poner en servicio sus tierras para poder ser plantadas; sin notar que quienes tienen la responsabilidad de cumplir con lo prometido toman conciencia de su situación mediante una acción y programa efectivos.

A mí me gustaba el cine, y defendía «a matar» el de origen español. Pero, lamentablemente, a lo largo de los años me he ido desilusionado. Para encontrar alguna satisfacción, descanso y entretenimiento del mucho tiempo que nos vemos obligados a estar en casa, alternando con la lectura y otras actividades, he de recurrir a películas o series extranjeras, de determinados



países, que se lo han tomado en serio. Pausa que hoy hace un servidor acompañado de un botijo puramente español, de la Alfarería de Vera, Almería, con el que le sacia de la sed mientras disfruta de las escenas normales y sin estridencias que le ofrece la pantalla de la televisión.

* * *

Dar crédito al adversario

La absurda y reiterada condena de Vox es una trampa aderezada en Ferraz y Moncloa que, ahí sí, se percataron hace tiempo de la tozuda realidad: si no suma la derecha, centrada o no, Sánchez afrontará tranquilo las próximas elecciones y acaso las siguientes

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor y académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

Las evidencias no precisan explicación. En aritmética $2+2$ suman 4. Y de sumas, en este caso políticas, van estas líneas.

Las elecciones en Castilla y León depararon algunas evidencias no deseadas por unas u otras fuerzas políticas concurrentes, pero que están ahí. El Partido Popular ganó las elecciones por mucho que algunas televisiones sumisas al poder no recordaran en la noche electoral que hace tres años las había perdido; en ese sentido fue un vuelco. El PSOE las perdió, Podemos y Ciudadanos sufrieron un descalabro, y algunos partiditos provinciales obtuvieron representación en ciertos casos mayor de la esperada.

Mañueco ha salvado los muebles y el observador común, por lo visto los sabios no, pensó que, con el apoyo de Vox, mantendría el Gobierno de la Junta. No era aventurado suponer que las negociaciones serían complejas. El gran salto electoral de Vox no debe hacer perder la perspectiva a este partido que



se presentaba con un candidato –que para Abascal tenía ya «cara de vicepresidente», primer desliz al anticiparse a la negociación– sin la mínima experiencia política ni de gestión, perfil que cada vez se da más en nuestro devaluado panorama. La marca Vox, y no el candidato, ha conseguido el gran logro de pasar de un escaño a 13, y para ello contó con la presencia constante de sus líderes na-

cionales. Lo mismo puede decirse del PP con presencia reiterada de Casado; del PSOE con excursiones electorales de Sánchez y de casi todo su Gobierno, además de la utilización muy discutible de decisiones del Consejo de Ministros; de Arrimadas en apoyo de su candidato (por cierto, viejo adversario interno suyo), y la fugaz aparición de Yolanda Díaz en Castronuño, municipio de 825 habitantes y una rara avis en la región: su alcalde es comunista.

La tozuda realidad hace pensar que la cúpula del PP no se percata de que la posible –y deseable– salida de Sánchez de Moncloa pasa por sumar y no discutir ni restar apoyos, el error de negarlo sería probablemente no enmendable a medio plazo. No pocos temían que en Génova no fuesen conscientes de ello. Puedo, en parte, entenderlo. Pero aceptar de la izquierda lecciones sobre ubicación ideológica es otra trampa. Dar crédito al adversario cuando de-



fine a tu aliado natural es un error. «Del enemigo, el consejo» no es otra cosa que una línea en el Refranero. El enemigo siempre te aconsejará lo que más le conviene a él. Sánchez, que no tuvo empacho en formar Gobierno con los comunistas –y compañía– de Podemos, de pactar con los herederos del terrorismo de ETA, con independentistas y declarados enemigos de

España, de la Constitución y de su fórmula, la Monarquía parlamentaria, se rasga las vestiduras porque el PP pueda gobernar o pactar con Vox que no reniega de España, todo lo contrario, ni está frente a la Constitución ni se declara republicano ni ataca a la Monarquía. Sánchez no tuvo complejos y no escuchó ni a la honestidad política ni a la lógica. Ni siquiera se escuchó a sí mismo pocos días antes.

Algunas televisiones engrasadas empezaron ya la cantinela que vamos a padecer los próximos días y semanas: el coco de Vox. Dijeron que en la UE no gusta Vox. Pero lo indiscutible es que en la UE no gusta el comunismo. Y en Washington, tampoco. La deriva entreguista de ciertos estamentos dirigentes de la UE es conocida. Ya aconsejaron no celebrar la Navidad para no molestar a «otras creencias». ¿El islamismo? Trataban de expulsar al cristianismo, asiento y raíz de la propia Europa. La absurda y reiterada condena de Vox es una trampa aderezada en Ferraz y Moncloa que, ahí sí, se percataron hace tiempo de que si no suma la derecha, centrada o no, Sánchez afrontará tranquilo las próximas elecciones y acaso las siguientes. Eso podría figurar incluso en su manual de resistencia.

Tras las elecciones castellanoleonesas la duda era –y lo es cada vez más– si el PP afrontaría con generosidad, realismo y tino encrucijadas venideras o caería en las argucias de un tramposo. Quiero no creer esta última posibilidad aunque la temo. Se recuerda que el 8 de diciembre del año pasado, en una entrevista en *La Nación* de Buenos Aires, Casado se abrió a pactar con el PSOE tras ganar unas hipotéticas elecciones generales, y citó como antecedente una propuesta similar de Rajoy en 2016 que, por cierto, Sánchez ni respondió. El equipo de Casado tardó sólo 24 horas en aclarar que ese pacto no sería nunca con el PSOE de Sánchez. Ciertamente el Sánchez de 2016 no es el Sánchez de Moncloa vendido a los comunistas, a los herederos de ETA y a los independentistas. El votante del PP no entendería un pacto con Sánchez ni para ponerse de acuerdo en qué programa seguir en la tele. El sanchismo es el socialismo de los años treinta pero en el siglo XXI. Un anacronismo.

Un pajarito –un buitre, claro– me contaba ya en la noche electoral que en Ferraz barajaban proponer a Casado un pacto en Castilla y León «para que no tenga que pactar con la extrema derecha». Qué rara generosidad. Mi fuente era seria. Sería una operación inteligente de Ferraz-Moncloa si encontrase comprador. De un lado, Sánchez aparecería como gran paladín en el alejamiento del coco de Vox en el campo experimental de una autonomía; de otro, si Casado no lo aceptase, se le acusaría de aliado del extremismo –¡acusado por Sánchez!–, y si el líder del PP cayese en la trampa su partido sufriría en las elecciones siguientes, municipales, autonómicas y generales, una enorme fuga de votos en favor de Vox mientras este partido no supondría una amenaza real para el PSOE en las elecciones, solo en su espacio y con un PP tocado tras su supuesta decisión pactista con el socialismo. Como ventaja política adicional, Sánchez comenzaría a visualizar el alejamiento que tanto desea de un Podemos declinante, lo que sería bien visto en la UE, en la OTAN y en Washington. A Sánchez le interesa cada vez más un disfraz centrado.

Lo más relevante en estrategia que un líder ha expresado en la campaña electoral de Castilla y León fue la afirmación de Isabel Díaz Ayuso de que ella prefiere pactar con el partido de Ortega Lara que con sus secuestradores y quienes pactan con ellos. Los complejos son pésimo equipaje para un político de fuste. Así está el patio.

* * *

Que Sánchez se está cargando la democracia no lo digo yo, lo certifica *The Economist*

Eduardo Inda (*OKdiario*)

Hubo un tiempo, tal que los años 60, 70 y 80 del siglo pasado, en los que Venezuela era el faro económico y democrático abajo el Río Grande. Era un país riquísimo consecuencia de ostentar las mayores reservas petrolíferas del mundo por encima de Arabia Saudí y un Estado de Derecho consolidado, próximo al estadounidense y a los europeos y desde luego a años luz del resto de las naciones iberoamericanas que cuando no estaban gobernadas por sátrapas asesinos, caso de Argentina o Chile, veían cómo les vendían como democracia regímenes de cuasipartido único, con el PRI mexicano de ejemplo paradigmático.

Los venezolanos recuerdan, ahora que se encuentran bajo la bota del narcodictador y filoterrorista Nicolás Maduro, lo que espetaban en los albores del chavismo cada vez que un extranjero les mentaba la bicha, «vais a acabar como Cuba o Nicaragua». Palabra arriba, palabra abajo, la frase representaba ya un lugar común:

–Eso es imposible, ese caldo de cultivo de las tiranías que es la pobreza no se da en Venezuela, somos la nación más rica de Iberoamérica, y además nuestro Estado de Derecho es muy sólido y la separación de poderes está razonablemente arraigada–.

Les sucedía lo mismo que a los cornudos y a las cornudas, que se piensan que es imposible que el amor de su vida les engañe con otro, otra u otre y, además, son siempre los últimos en enterarse. O lo que acontece en tu vida

cuando un colaborador se vende al enemigo, que no terminas de creértelo por muchas pruebas que te pongan encima de la mesa. La fortaleza del sistema judicial venezolano hacía prever que el asesino Hugo Chávez lo tendría entre difícil e imposible. Es más, la Justicia resistió como pudo pese a que Hugo Chávez entró fuertecito en el Palacio de Miraflores cargándose por sus bemoles la Constitución de 1961 y promoviendo una Asamblea constituyente.

El siguiente paso consistió en demoler la Corte Suprema, botar a todos sus integrantes e instaurar el Tribunal Supremo. Buena parte de los nuevos magistrados de esta institución



de nuevo cuño resistieron, entre otras razones, por dignidad, por apego a la legalidad y porque sabían perfectamente quién era el pájaro: un tipo que si bien es cierto que había aterrizado democráticamente en el poder en 1999, no lo es menos que lo había intentado previamente a las bravas

con ese golpe de Estado de 1992 conocido por el ilustrativo nombre de El Caracazo.

Hasta que un día el comandante se hartó de que no le dieran sistemática y unánimemente la razón y perpetró ese golpe silencioso que supone siempre cambiar por decreto las reglas de juego establecidas históricamente. El repugnante personaje logró su objetivo en 2005 tras modificar el sistema de elección de los miembros del Tribunal Supremo: se pasó de una mayoría cualificada de dos tercios en la Asamblea Nacional a una absoluta, esto es, de la mitad más uno de los diputados. Y el número de magistrados se incrementó de 20 a 32 por el artículo 33 para conseguir la mayoría chavista que no habían podido obtener por las buenas.

Todo lo que ha venido después es lo propio de una dictadura: supresión de los derechos humanos y las libertades fundamentales, cierre por decreto de medios críticos, encarcelamiento de opositores y periodistas, expropiación de propiedades y empresas para quedárselas ellos, ejecuciones extrajudiciales y furiosa represión de las manifestaciones de la disidencia con un balance ya de cientos de muertos en las calles de las principales ciudades del país.

El contraste de esa Venezuela próspera y libre con la paupérrima y encadenada de nuestros días me vino a la memoria esta semana al leer ese informe sobre la calidad de las democracias mundiales que cada año difunde una de las publicaciones más respetables, *The Economist*. Una revista que, dicho sea de paso, no se casa con nadie. La revista con sede en Londres creó en 2006 un índice, basado en diferentes parámetros, para vigilar los sistemas de gobierno en todo el mundo.

España superó ampliamente en los primeros 15 años el corte situándose año tras año como «una democracia plena» con una nota media próxima al sobresaliente: un 8. Es decir, como un Estado con separación de poderes, alternan-

cia en el poder, medios libres, respeto total a los derechos humanos, libertades fundamentales garantizadas y no demasiada corrupción. Por cierto: las mejores calificaciones las obtuvimos en el ecuador de la era de un Mariano Rajoy al que no se ha hecho justicia con un 8,3 en 2015 y 2016. Por primera vez en tres lustros, hemos pinchado. El Reino de España ha experimentado un downgrade al situarse como «democracia defectuosa [flawed democracy]», pasando del 8,12 de 2020 al 7,94 con el que hemos cerrado 2021. Nada que unos pocos no hayamos advertido en los tres años y medio que llevamos de sanchismo y, muy especialmente, tras el advenimiento de la coalición social-comunista en noviembre de 2019.

The Economist, la biblia del capitalismo mundial, incide en esa gran cuestión que para mí es crucial a la hora de determinar si un régimen es democrático o no: la separación de poderes y, más concretamente, la independencia judicial. Critica explícitamente el sistema de elección del CGPJ, que cumple ya tres años sin renovarse, e implícitamente ese intento de Iglesias y Sánchez de finiquitar el sistema de mayorías reforzadas para dejarlo en uno por mayoría simple como el que permitió a Chávez asaltar y, sobre todo, controlar ad aeternum el poder judicial en Venezuela. La publicación británica lo puede decir más alto pero no más caro: «La caída a “democracia defectuosa” se debe principalmente al bajón en los ratios de independencia judicial».

La revista resalta que España inició la senda a «democracia defectuosa» en



2017 con motivo del 1-O Cataluña, «en el que los políticos independentistas actuaron inconstitucionalmente». Un palo a esa izquierda que ampara, perdona o relativiza el tejerazo y una enmienda a la totalidad a los indultos por conveniencia de Pedro Sánchez. Y el enésimo aval a quienes, como Felipe VI, se opusieron por ilegal al golpe de Estado.

El tercer pero es muy simple: «La progresiva fragmentación parlamentaria». A buen entendedor, sobran palabras. A nadie se le escapa que se trata de una defensa encubierta de ese bipartidismo que funcionó a las mil maravillas durante cuatro décadas, con un partido socialdemócrata y otro liberal de centroderecha turnándose en el poder, y de una censura al surgimiento de partidos antisistema a los que etiquetamos con ese eufemismo que esconde toda suerte de tics totalitarios, «populistas». Está claro que la normalización del partido político descendiente de ETA (Bildu), del que representa a los golpistas catalanes (ERC) y de los sicarios de Maduro (Podemos) no ha ayudado precisamente en el examen de 2021.

La última pata es un clásico cada vez que se pasa revista a España: la corrupción o, para ser más exactos, lo que *The Economist* denomina con un toque

literario «letanía de escándalos de corrupción». Aunque no lo cite, resulta pe-rorullesco que alude esencialmente a las cuentas en paraísos fiscales y al cobro de comisiones de Juan Carlos I, que siguieron de plena actualidad el año pasado. También a esos casos protagonizados por las anteriores cúpulas del PP, una historia interminable que cumple ya 13 años, y a unos ERE socialistas que pasan por ser el mayor saqueo de fondos de la Europa contemporánea en términos absolutos tras el de los Pujol, naturalmente. ¡Ah! Se me olvidaba: y también a las chorizadas de los sindicatos con los cursos de formación y al reguero de episodios de financiación ilegal por parte de Podemos con Neurona como eje vertebrador y con Venezuela como regante número 1 e Irán como segundo de la fila.

La última frase del apéndice español es un aviso a un navegante llamado Pedro Sánchez, que no ha dudado en pactar con toda ralea de independentistas con tal de seguir yendo en Falcon. *The Economist* sitúa como cuarta causa de que España haya dejado de ser una democracia plena «el crecimiento del nacionalismo regional en Cataluña planteando desafíos a la gobernanza». Aquí el nacionalismo y el separatismo es políticamente correcto, guay, cool, sexy, molón si me apuran, y la constitucionalísima Vox «facha», pero en las naciones serias se considera de extrema derecha a las formaciones nacionalistas por su ADN inequívocamente racista, xenófobo y supremacista. Vamos, lo obvio.



Siempre nos quedará la Unión Europea. Si no fuera por Bruselas esto podría acabar en Guerra Civil, en tiranía bananera modelo Venezuela o versión Perú o en una autocracia como la de Putin o la de Erdogan y sin el Banco Central Europeo estaríamos en suspensión de pagos hace tres años. Holandeses, alemanes, franceses, daneses, suecos, finlandeses e incluso italianos no permitirán jamás que esto devenga en algo peor, entre otras razones, porque el efecto dominó estaría servido y porque se creen esto de la democracia. Sánchez es un peligro para el único acierto de nuestra convulsa historia: el sistema constitucional. Si con 120 míseros escaños hace lo que hace, no quiero pensar lo que ocurriría si sumase los 202 del Felipe del 82. Hay que echarlo en las próximas generales antes de que se convierta en un Putinito. Conviene no tomarse a beneficio de inventario el recado de ese árbitro imparcial que es *The Economist*. Así como la confianza en «no terminar jamás como Cuba» mató a nuestros hermanos venezolanos, la nuestra al asegurar tajantemente que «la bolivarianización es imposible en España» es suicida porque nos pueden pillar en el momento menos pensado con la guardia baja. El totalitarismo nunca descansa. Pensar que la democracia es tierra conquistada resulta una imbecilidad porque es algo que hay que defender con uñas y dientes todos los días, básicamente, porque el despotismo anida en el fondo del alma de la

mayor parte de los seres humanos. Como dice la canción de Joan Manuel Serrat: «Para la libertad sangro, lucho, pervivo / Para la libertad, mis ojos y mis manos / Como un árbol carnal, generoso y cautivo / Doy a los cirujanos». Pues eso.

* * *

Presos de ETA: ¡y en esto llegó Sánchez!

Roberto Blanco Valdés (*La Voz de Galicia*)

La posibilidad de que los presos etarras salieran de la cárcel estuvo durante años en la mente de millones de españoles porque la posibilidad de negociar lo que se llamaba mendazmente *paz por presos* (no hay paz cuando no hay guerra) fue sondeada por todos los gobiernos democráticos (los de UCD, PSOE y PP) mientras los terribles crímenes de la banda eran la peor pesadilla del país. Nadie llegó a expresarlo mejor que un hombre que durante años se jugó la vida como pocos en la lucha política contra ETA, Fernando Savater, cuando afirmó que «los etarras tienen, o creen tener, la llave de la cárcel».

Sin embargo, y contra el deseo de tantos amigos de ETA empeñados en convencernos de que la negociación era la única salida para lo que llamaban «el conflicto vasco» (ninguno ha reconocido aún su grave error político y moral), la llave de la cárcel se la quedó el Estado democrático, que utilizando todos sus medios legales, pero solo estos, acabó venciendo a ETA: los terroristas no se rindieron por haber llegado a la convicción de que eran unos criminales sino porque se vieron derrotados por el Estado, que no les iba a permitir ya (bendita ley de partidos) la indignidad de matar y estar en las instituciones.

Por eso comparar la acción de los gobiernos democráticos que lucharon contra ETA y las negociaciones que ahora mantiene Sánchez con sus presos es una burda forma de falsear la realidad. Según hemos sabido por la Guardia



Civil, el ministro de Interior (que jamás lo haría sin la autorización del presidente) negocia activamente con los presos de ETA. Lo hacen en su nombre Ángel Ortiz, director de Instituciones Penitenciarias; Joseba Azcárraga, portavoz del movimiento de apoyo a los presos (Sare); José López Ruiz, alias Kubati, condenado a

1.200 años de prisión por 13 asesinatos (entre ellos el de Yoyes, la etarra que quiso dejar de serlo), y Julen Arzuaga, parlamentario de EH-Bildu y abogado de etarras. Por supuesto por el medio anda también –pues es la salsa de todos los guisos, más cuanto más estomagantes– el «hombre de paz», en palabras de Zapatero, Arnaldo Otegi.

La lectura del dossier de la Guardia Civil muestra hasta qué punto vergonzoso los etarras mangonean a Instituciones Penitenciarias, indicando qué presos

deben obtener privilegios o cómo deben emparejarse unos y otros en las cárceles. La perversa situación se expresa con toda su desvergüenza en este infame mensaje que Arzuaga traslada a los presos: «Hala, a pasar lista de prioridades». ¡Qué bonito!

Eso pueden hacerlo, claro, los etarras, pero no los restantes presos españoles, por una sencillísima razón: porque de los votos de EH-Bildu, parte esencial de todo ese siniestro entramado, depende que Sánchez continúe en el poder. Vista su trayectoria, no es de extrañar lo que está haciendo. Sí asusta, sin embargo, que tantos españoles acepten tan sucia trapisonda, que nos avergüenza a todos, empezando por las víctimas de ETA y por quienes resistieron sin cesiones su sobrecogedora historia criminal.

* * *

La Audiencia retrata a Marlaska: revoca la libertad de un etarra con riesgo de «reincidencia medio alto»

Teresa Gómez (OKdiario)

Nuevo batacazo de la Audiencia Nacional al ministro del Interior, Fernando Grande-Marlaska, por la concesión de la semilibertad a los presos de ETA. Tras conocerse un informe de la Guardia Civil sobre los contactos extraoficiales del Gobierno con el entorno de la banda terrorista, la Audiencia Nacional –la que fuera su antigua casa– ha revocado el tercer grado al etarra Íñigo Gutiérrez Carrillo, que llevaba en libertad desde diciembre, por riesgo de «reincidencia medio alto». Este es el tercer etarra al que la Audiencia Nacional devuelve a la prisión tras gozar de libertad concedida por el Gobierno de Pedro Sánchez sin mostrar siquiera arrepentimiento.

Íñigo Gutiérrez Carrillo ingresó en prisión el 27 de julio de 2008 y cumple una condena de 14 años por los delitos de colaboración con banda armada y depósito de armas y municiones.



Este etarra se sentó en el banquillo de los acusados en el juicio por el atentado con coche-bomba contra la casa-cuartel de la Guardia Civil en Calahorra (La Rioja), el 21 de marzo de 2008. Sin embargo, la Audiencia Nacional le absolvió «al no haber quedado suficientemente probada su intervención en el atentado».

El 27 de diciembre Marlaska le concedió la semilibertad en contra de la Junta de Tratamiento. El auto, al que ha tenido acceso OKdiario, señala que la prisión de Aranjuez propuso por «unanimidad el segundo grado en atención al siguiente argumento: la gravedad de los hechos delictivos, la ausencia de permisos de salida, junto con el resto de los factores hacen pensar a la Junta de Tratamiento que el régimen ordinario es, en este momento, el que mejor se adapta a las características del penado». Además, según señala el juez José

Luis Castro, se ha concedido la libertad al etarra «siendo el pronóstico de reincidencia medio alto».

A todo ello se suma que el miembro de ETA tampoco se ha mostrado arrepentido. La exigencia del perdón es uniforme en la doctrina de la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional y las cartas no se ajustan a sus criterios. La carta presentada por Gutiérrez Carrillo no contiene una petición de perdón expreso a las víctimas de sus acciones. El condenado expresó: «Mediante el escrito vengo a realizar ante la Junta de Tratamiento de este C.P Madrid VI una declaración en la que quiero manifestar mi compromiso inequívoco con las vías pacíficas y democráticas como único medio válido para solucionar la controversia política, siendo mi voluntad apostar por recorrer el camino de la legalidad penitenciaria. Del mismo modo, quiero manifestar el reconocimiento del daño causado, así como mi empatía con el dolor de todas las víctimas».

Este no es el único beneficio que Marlaska concedió a este etarra. Durante el estado de alarma, en mayo de 2020, el Ministerio del Interior autorizó de manera extraordinaria a sus familiares para que le visitaran en la cárcel valenciana de Picassent donde cumplía parte de su condena. La cartera de Grande-Marlaska le proporcionó un salvoconducto a la madre y cuñado de Gutiérrez Carrillo para que viajaran en vehículo desde Getxo a Valencia tras el fallecimiento del padre del miembro de la banda terrorista. Esta comunicación se realizó de manera excepcional dado que el estado de alarma no permitía desplazamiento entre comunidades autónomas. Funcionarios e internos conside-



raron que este privilegio suponía un trato de favor hacia un condenado, que discriminaba al resto de los reclusos.

El fiscal que ha recurrido la semilibertad de este recluso es Carlos Bautista. El mismo al que la fiscal general del Estado y ex ministra socialista, Dolores Delgado,

tiene en el punto de mira por tumbar los beneficios penitenciarios concedidos por el Gobierno de Pedro Sánchez a los etarras.

Con ayuda de Delgado

EH Bildu quiere que 2022 sea el año definitivo para los presos de ETA: culminar los traslados a cárceles vascas y avanzar en la puesta en libertad de más terroristas mediante la concesión del tercer grado. Pero hay una piedra en el camino de esa estrategia: los fiscales de la Audiencia Nacional, que han tumbado decenas de beneficios concedidos a los etarras. El objetivo último que tienen los de EH Bildu es acotar el margen de acción del fiscal que firma los escritos contrarios a los beneficios a presos de ETA: Carlos Bautista. Esos recursos llegaban a la Sala de lo Penal, que los respaldaba y confirmaba la anulación al entender que no había arrepentimiento real en los terroristas. Por tanto, no cabía concederles privilegios. El fiscal, que lleva en la Audiencia

Nacional desde 2007, recibía en todas estas actuaciones el apoyo de su jefe, Jesús Alonso.

Los de Arnaldo Otegi han exigido al Gobierno de Pedro Sánchez que desactive a esos fiscales y no obstaculice los beneficios. Y la Fiscalía General del Estado de Dolores Delgado ya trabaja en ello. En la Fiscalía de la Audiencia Nacional ya lo asumen: las presiones de Bildu a Sánchez han dado fruto. Y eso se traducirá en cambios próximamente. Lo que está por ver es el alcance de esos cambios. Pero, según admiten fuentes jurídicas a *OKdiario*, es probable que las decisiones de Delgado afecten al fiscal jefe de la Audiencia Nacional, Jesús Alonso.

Todo ello se suma al sumario de la Guardia Civil que refleja las comunicaciones del Gobierno con el entorno de ETA. El Ministerio del Interior mantiene desde hace al menos tres años un canal soterrado de contacto con representantes del mundo proetarra al que concede un trato de favor con reuniones frecuentes e información privilegiada. Este canal de comunicación que incluye llamadas y mensajes a móviles personales sirve para compartir decisiones sobre presos de ETA y trasladar peticiones al responsable de Instituciones Penitenciarias, Ángel Luis Ortiz, cargo de la máxima confianza del ministro del Interior.

* * *

Parásitos

Ricardo Herreras (*Tradición viva*)

La figura del parásito social es tan vieja como el propio hombre: vagos, caraduras, vividores a cuenta de terceros, sableadores de lo ajeno... han desfilado por la Historia desde los tiempos de Roma a los de la picaresca de los siglos XVI-XVII.

Si bien nunca habían desarrollado su perniciosa «actividad» de una manera tan organizada, tan corporativa si se quiere, como hoy en día, a expensas de



las muchas subvenciones emanadas de los presupuestos generales del Estado.

Adictos a las «manifas», alborotadores nocturnos, porretas empedernidos, perroflautas callejeros, treintañeros de universidad interminable, gorriones de neveras paternas, feministas pasadas de

rosca, animalistas histéricos... una variopinta fauna que repite (cual loros y en clave buenista) mantras sorosianos (acerca de los «papeles para todos», el timo del cambio climático, el «calentamiento hueval», el #metoo, el no a la caza, etc.) cuyo único horizonte vital es enrocarse en algún chiringuito u observatorio bien regado de dinero público ejerciendo de ecojetas coñazo, defensores de causas inanes, enfrentadores de hombres y mujeres, multiKulturetas pro islam o especialistas en desmemoria histórica.

Ciertamente, en sí mismos sólo son una pandilla de imbéciles amén de aprovechados, pero su «labor» (aún cuanto pueda parecer risible) resulta de lo



más disolvente, abriendo debates inútiles, dividiendo a la sociedad, destruyendo normas, costumbres y tradiciones antiquísimas, blanqueando ideologías aberrantes (caso de la de género) o demonizando (vía «cancelación») a quienes osen desviarse del «pensamiento único» esta-

blecido.

Ello muy en la línea de la estrategia marcada por los prebostes del mundialismo, que necesitan a semejantes impresentables para deconstruir virtudes, familias, patrias, naciones... y así el todopoderoso Gran Capital campe todavía más a sus anchas.

Tiene que llegar un momento en que las sociedades que aspiren a ser verdaderamente sanas (recobrando los valores de siempre: amor a la Patria, esfuerzo, sentido común, protección a la comunidad, respeto por el bien común, espíritu de concordia, etc.) habrán de purgarse de tal chusma.

* * *